

EL SAGRADO ARTE DE DESPEDIRSE

Una reflexión sobre el final de la vida y su acompañamiento

RESUMEN

El artículo aborda el tema de la muerte como despedida, desde el punto de vista del proceso espiritual que tiene lugar en dicha circunstancia. Valiéndose de un testimonio biográfico, se analiza la experiencia a partir de la conceptualización que hace del tema una autora norteamericana (J. Rupp) en su libro *Orar nuestros adiós* y se extraen algunas conclusiones sobre este proceso.

Palabras clave: Muerte, duelo, oración, despedida, proceso espiritual, acompañamiento.

ABSTRACT

The article addresses the subject of death as departure from the standpoint of the spiritual process that takes place in such circumstances. Using a biographical testimony, the author examines the experience from the conceptualization of the subject made by an American author (J. Rupp) in her book *Praying our goodbyes* and draws some conclusions about this process.

Key Words: Death, Mourning, Prayer, Grief Process, Farewell.

La inquietud acerca de la muerte es una pregunta que acompaña al ser humano desde siempre y que lo define como tal: de todos los vivientes somos los únicos que sabemos acerca del fin de nuestra existencia en la forma que nos es conocida.

En efecto, la muerte de un ser querido es una experiencia extrema, que requiere un trabajo radical de duelo. Este evento constituye un gran desafío para que la persona desarrolle su propio potencial en la elabora-

ción de los cambios. El duelo puede ser así una posibilidad de desarrollo. Esto que es verdad para una situación extrema como la pérdida de un familiar o amigo, también puede serlo en situaciones menos difíciles, de “muertes parciales”, pero que requieren de nosotros el desapego y una nueva conceptualización, se trata de los pequeños duelos -llamados micro-duelos- de los que está poblada nuestra vida, y sin los cuales ésta no sería viable ni habría crecimiento.¹

En estas páginas, partiendo de un testimonio biográfico, voy a desarrollar algunos conceptos que considero centrales para el análisis del tema de la muerte, vista desde el lugar de alguien que muere y del proceso espiritual que tiene lugar en dicha circunstancia, incluido un eventual acompañamiento espiritual. El desafío máximo del desprendimiento de la propia vida, nos ayudará a pensar también nuestras muertes parciales o las despedidas que conforman la dinámica de estar vivo.

Para el desarrollo de dichos conceptos me serviré del marco teórico que ofrece Joyce Rupp, en su libro *Orar Nuestros Adioses*.²

Finalmente elaboro algunas reflexiones conclusivas que pretenden en realidad, más que cerrar el tema, provocar el pensamiento del lector en orden a profundizar en esta cuestión ineludible.

1. Una despedida que da qué pensar

La teología espiritual tiene por objeto la reflexión sistemática sobre la experiencia espiritual cristiana;³ éste es su contenido, su finalidad, su ámbito reflexivo. La experiencia cristiana cuestiona y el teólogo espiritual se interroga y piensa a la luz de la revelación, buscando claves hermenéuticas que le permitan introducirse con alguna certeza en la búsqueda de respuestas a dichas preguntas.

Traigo aquí un testimonio, una biografía o un trozo biográfico, que interrogó mi reflexión teológica y me instó a buscar respuestas. De hecho, las biografías cristianas constituyen la gran cantera de materiales a partir de los cuales reflexiona la teología espiritual, comenzando por

1. Cf. V. KAST, *A Time to Mourn. Growing through the Grief Process*, New York, 1988, 63-68.

2. Buenos Aires 2004. Original inglés: *Praying our goodbyes*, Indiana, EE.UU., Ave María Press, 1988¹ (última edición de 2009).

3. Cf. CH. BERNARD, *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, Madrid, 1994, 77ss.

aquellas experiencias cristianas cualificadas, que son las biografías de los santos.⁴ Pero también reflexionamos a partir de otras biografías, las de los creyentes, que en su seguimiento cotidiano del Señor, nos van mostrando la marcha del Espíritu en la historia. Karl Rahner planteaba ya hace tiempo que el futuro de la teología no podrá:

“...limitarse a acumular vastos conocimientos sobre cuestiones históricas, especulativas y teológicas, sino que habrá de esforzarse hasta donde alcancen sus fuerzas en arrojar una luz sobre las verdaderas condiciones reales de la existencia humana”.⁵

Es en este contexto que traigo el testimonio de Florencia, a un artículo de reflexión teológica, convencida que la teología debe hacer un “ida y vuelta” con lo más concreto de la vida, para no perder su razón de ser y su misión.

Conocí a Florencia⁶ en la escuela cuando ambas teníamos entre 6 y 7 años; durante la primaria y la secundaria coincidimos ocasionalmente en algunos espacios, pero la amistad llegó cuando, terminado el colegio compartimos una etapa de intensa búsqueda espiritual, fuimos a misionar varias veces con otros jóvenes al interior del país y vimos pasar nuestra fe de la adolescencia a la juventud.

Era una chica muy buena, simpática y con un gran sentido del humor, de tal modo que resultaba imposible aburrirse en su compañía y tenía la capacidad de simplificar y desdramatizar las situaciones más difíciles. Por esto mismo, estuvo siempre rodeada de afecto, de amigas y amigos.

Pasaron los años y la volví a encontrar en una circunstancia que otra vez unió los caminos: Florencia apareció como integrante de un grupo de pacientes oncológicos del que yo participaba. De inmediato retomamos la amistad en el punto en que la habíamos dejado, a pesar del tiempo transcurrido. Además, como yo había terminado la primera etapa de mi tratamiento, me convertí en una especie de referencia para el suyo. Aunque su patología era distinta, las etapas de los respectivos tratamientos médicos eran similares y los sentimientos y fantasías, también.

4. Denominadas por Balthasar “existencias teológicas”. Cf. H. U. VON BALTHASAR, “Teología y santidad”, en *Ensayos Teológicos I. Verbum Caro*, Madrid, 1964, 235-268.

5. K. RAHNER, *Schriften zur Theologie*, Einsiedeln-Zurich-Köln, 1970, vol IX 157. Citado por M. SCHNEIDER, *Teología como biografía. Una fundamentación dogmática*, Bilbao, 2000, 15.

6. Cambio los nombres y algunos detalles de esta historia por obvios motivos de discreción. Pido disculpas por la referencia a mi persona, pero la conservo para poder comunicar mejor el proceso de acompañamiento, que llevé adelante en un sentido amplio, es decir, en mi condición de amiga de Florencia.

En largas charlas, Florencia compartió sus miedos sobre los males-
tares de la enfermedad y la muerte, la vi sobrellevar como pudo las qui-
mioterapias, que eran fuertes en su caso.

En aquel momento, Florencia parecía por momentos muy asustada y
en otros hasta hipocondríaca, incluso le hacíamos bromas en el grupo so-
bre sus descripciones minuciosas de dolores leves... esa tormenta pasó y en
marzo de 2008 le dieron el alta, porque sus estudios estaban impecables.

Florencia -como sucede habitualmente en estas circunstancias-, ha-
bía reflexionado a fondo sobre lo que quería hacer con el resto de su vi-
da. Con el alta médica, decidió no postergar más un viejo sueño, que la
llevó a vivir a Catamarca.

Los primeros días de Diciembre, el panorama cambió radicalmente,
con una fuerte indisposición; se tomó un avión a Buenos Aires y de Ae-
roarque fue directamente al sanatorio. Su condición de profesional de la
salud, le hizo ver que era algo serio. Así fue: estudios y una cirugía reve-
laron la presencia de un cáncer de páncreas avanzado. Una patología muy
extraña por lo agresiva, y porque según lo que dijeron los médicos no era
ni recidiva ni metástasis de cáncer anterior.

En el posoperatorio, Florencia no habló, no preguntó y nadie se ani-
maba a decirle nada. Por otra parte, su familia cercana y sus amigos está-
bamos en *shock* y nos debatíamos entre la tristeza y el miedo.

En esos días, tuve el reflejo de llevarle una imagen de la Virgen de
Guadalupe, de la que la sabía devota. Ella aceptó la imagen y cuando me
vio llegar, se reía del tamaño, ya que era una réplica en dimensión original:
medía 1,70m. Quiso siempre tenerla a su lado y allí se quedó la imagen,
hasta su partida. Esta imagen formó parte de una cantidad de encuentros
y de rituales familiares que tuvieron lugar en los siguientes meses.

Una semana después de la operación, Florencia pidió hablar con el
cirujano que le dijo la mitad de la verdad y ella completó la información
faltante por vía de deducción. Lloró varios días seguidos, al cabo de los
cuales, cuando fui a verla, encontré a una persona distinta: triste, pero fir-
me y valiente, me dijo: “mi hora Dios la conoce; quiero calidad de vida”.
Me contó su estrategia y empezó a ejecutarla desde el sanatorio: llamó a
la psicoterapeuta que la había atendido cuando vivía en Buenos Aires,
convocó a un médico especialista en cuidados paliativos y le contó lo que
ella deseaba hacer de ahí en más. El médico le propuso un tratamiento,
pero le aseguró que ella tendría siempre la decisión final, y esto la alivió
muchísimo.

La visité durante todo el verano y conversamos mucho, ella tenía necesidad de hablar de sus sentimientos respecto de la muerte y del tiempo final. Obviamente, no encontraba muchos interlocutores para hablar del tema, por ese motivo, agradecía las charlas o me llamaba para conversar. Nuestras conversaciones iban creciendo en profundidad, la vida y la muerte no eran problemas filosóficos, sino temas de candente actualidad. Mi amiga, que siempre había sido una persona muy buena y con una profunda espiritualidad, creció durante ese verano a pasos agigantados, realmente la vi “florecer” a pesar del avance de la enfermedad; tenía incluso una belleza especial, transfigurada.

Al salir de su casa alguna vez, sentí una extraña envidia, pensé lo bien que se estaba preparando para encontrarse con el Señor, lo valiente y rodeada de amor que iba a partir de este mundo. No quedaba nada de la persona temerosa e hipocondríaca con la que bromeábamos un año antes. Ella estaba haciendo de su sufrimiento, un lugar creador; incluso, fuera de estos momentos tan especiales, había espacio para las bromas y a su alrededor había una alegría serena. No estaba centrada en sí misma, ni se autocompadecía.

Iba para acompañar a Florencia para escucharla, pero esas conversaciones me hacían bien en lo más hondo; la veía en paz aún en los momentos en los que me decía que se sentía temerosa. En realidad, no le temía a la muerte, sino al modo en el que ésta sobrevendría. Ella sabía que la etapa final iba a ser muy dolorosa.

Se preocupó por preparar a su familia, hicieron algunos encuentros con su terapeuta y el médico de cuidados paliativos. Para realizar esos encuentros, pedía que trajeran la imagen de la Virgen, que ordinariamente estaba donde ella durmiera.

Florencia decía que quería hablar, mientras pudiera comunicarse sin dolor y con lucidez.⁷ Incluso les explicó a sus sobrinos pequeños que estaba muy enferma y que pronto se iba a encontrar con Jesús.

Así empezó el tramo final que sería mucho más difícil. Florencia se encaminaba al parto que le permitiría nacer para la Vida.

7. Hay muchas necesidades de las últimas etapas de la vida, que a los seres queridos les cuesta aceptar, en primer lugar, porque las desconocen. Cf. H. DOPASO, *El Buen Morir, una guía para acompañar al paciente terminal*, Buenos Aires, 1994, 56-64. Hay una reedición “enriquecida”: H. DOPASO, *El Buen Morir, una guía para acompañar al paciente terminal*, Buenos Aires, 2006. La expresión “el buen morir”, proviene de la súplica cristiana por la cual se imploraba especialmente por intercesión de san José, la gracia de una buena muerte. Sobre esta devoción, ver <http://www.cofradiacristobuenamuerte.com> (consulta: 16 de junio de 2009).

Para los primeros días de marzo, tal como sucede en el trabajo de parto, empezaron las señales de la inminencia del suceso.⁸ En el caso de Florencia, aumentaron los dolores y las complicaciones. La morfina ya era una aplicación sistemática y ante cada nuevo síntoma que denotaba su empeoramiento, ella lo registraba como un indicio de la muerte próxima. Florencia se preparaba internamente para el final. Hay muchas cosas importantes que ella dijo en esos últimos días de su vida, muchas cosas fuertes y significativas, relato una sola que nos da el indicio que pudo vivir su adiós, su despedida, con fe en la resurrección y viviendo el sufrimiento de un modo creador. Debido a los calmantes, dormía mucho tiempo y hablaba en sueños. Una tarde, cuando la cuidaba una amiga, le dijo: “escribí estas cuatro cosas y decíselas a todos, cuando llegue el momento: “los quiero mucho”, “gracias por todo”, “la vida estuvo buena”, “me divertí mucho”.

Este sencillo testamento espiritual, no sólo la pintaba de cuerpo entero, sino que nos regaló a todos una valiosa lección sobre la vida, más que sobre la muerte y sobre el modo de atravesar las crisis y los adioses que la vida nos presenta.

Como muchas de las cosas que sucedieron entonces, la fecha de su muerte fue un mensaje para el que lo pudiera recibir: murió el 25 de marzo, día de la Anunciación. En su entierro, se leyeron muchas de las cosas que ella había dicho y surgió de los presentes una espontánea acción de gracias por la vida de Florencia y un pedido unánime al Señor: enfrentar los desafíos de la vida, con el mismo coraje con el que ella enfrentó su muerte y tener la gracia de poder despedirse de esta vida con el amor y la lucidez de Florencia.

2. La despedida como tarea y proceso espiritual

¿Por qué una situación tan penosa, y tan aparentemente “sin-sentido” como es la agonía y la muerte de una persona joven, aunque dolorosa, resultó una experiencia amorosa e iluminadora? La enfermedad y la muerte estaban allí, como tantas veces. Fue Florencia, con su manera de

8. En la literatura sobre cuidados paliativos es frecuente la comparación entre la muerte y el parto, así lo hace, por ejemplo, M. DE HENNEZEL, *La muerte íntima. Los que van a morir nos enseñan a vivir*, Barcelona, 1997, 77.

transitarlas la que hizo la diferencia: hizo de su sufrimiento un lugar creador, de transformación; dejó que la gracia hiciera en esos breves meses su obra en ella, y se volvió así una bendición para todos.

Jesús hizo de la despedida de los suyos un espacio de transformación y se entregó a la muerte, dando frutos de vida para todos. Como Jesús, todos aquellos que atraviesan sus despedidas de manera creadora son una bendición para los demás y se transforman en fuentes de esperanza, consuelo y alivio para quienes los rodean, o sencillamente tienen la gracia de encontrárselos en el camino.

Voy a reflexionar la experiencia de Florencia, valiéndome de los conceptos que Joyce Rupp,⁹ desarrolla en su libro *Orar nuestros adioses*. La importancia de la obra se puede percibir en la rápida difusión que tuvo en USA y en las traducciones que se hicieron a otros idiomas.¹⁰ Joyce Rupp es religiosa, miembro de la comunidad de las Siervas de María. Está diplomada en Inglés, en Ciencias Sagradas y en Psicología Transpersonal; pero se dedica sobre todo a animar ejercicios espirituales, a dar conferencias y encuentros, al acompañamiento espiritual y a la escritura. Se ha dedicado por años a trabajar en “hospice” -casas para enfermos terminales-.¹¹ La riqueza de este material se ve incrementada porque la autora le añade experiencias de otras personas y grupos de personas viviendo cambios y adioses significativos en sus vidas.¹²

El libro parte precisamente de allí, de la experiencia de un adiós significativo en la existencia de la autora, la muerte de su hermano Dave. A

9. Reside actualmente en Des Moines, Iowa, y es una reconocida escritora espiritual en EE.UU., no sólo para los católicos, sino para muchas personas incluso no-cristianas. Gracias a la traducción de sus obras, su repercusión es amplia también en otros países. Entre sus libros publicados -son aproximadamente 50-, además del que nos ocupa en este artículo, podemos citar en relación con el tema: *Fresh Bread and Other Gifts of Spiritual Nourishment*, Notre Dame, 1995; *Dear Heart, Come Home: The Path of Midlife Spirituality*, Lanham, 1996; *The Star in My Heart: Experiencing Sophia, Inner Wisdom*, Notre Dame, 1999; *Little Pieces of Light: Darkness and Personal Growth*, New Jersey, 1999; *The Cup of Our Life: A Guide for Spiritual Growth*, Notre Dame, 1997; *Your Sorrow Is My Sorrow: Hope and Strength in Times of Suffering*, Notre Dame, 2000; en colaboración con Joyce Hutchinson *May I Walk You Home? Courage and Comfort for Caregivers of the Very Ill*, Notre Dame, 2002; *Prayer (Catholic Spirituality for Adults)*, New York, 2007; *Open the Door: A Journey to the True Self*, Notre Dame, 2008; *God's Enduring Presence, Strength for the Spiritual Journey*, New York, 2008.

10. Solamente en nuestro país, el libro va por la segunda reimpresión de la segunda edición, en Ed. San Pablo, Buenos Aires, 2004.

11. Su página web: www.joycerupp.com (consulta: 16 de junio de 2009), la define en primer lugar como “partera espiritual”.

12. Tal como la misma autora lo refiere en sus agradecimientos, cf. RUPP, *Orar nuestros adioses*, 7-8.

la luz de ese duelo, Joyce Rupp hace una relectura de todos los adioses y despedidas que le tocaron vivir, y toma una pauta para el futuro; tanto para sí misma, como para el acompañamiento de otras personas. Por este motivo, el libro tiene la estructura de una meditación, en la que se va reflexionando sobre distintos aspectos de una realidad profunda y vital, que no se pretende agotar, sino “orar” -como expresa el título-, e integrar como experiencia humana y espiritual.

Alguien me podría decir que hay otras referencias de mayor peso y consenso para citar en el tema del duelo o la terminalidad,¹³ de hecho todo lo que la autora expone me ha parecido muy consonante con los teóricos del duelo, en especial con E. Kübler-Ross¹⁴ y V. Kast;¹⁵ pero el aporte de Rupp tiene un plus: el de la fe, la posibilidad de unir nuestras despedidas a la Pascua de Cristo. Todo esto más que un plus, marca una diferencia radical.

La idea central que Rupp quiere transmitir es la siguiente: los adioses forman parte de la vida, la cual está hecha de una sucesión de adioses y bienvenidas. Por mucho que nos cueste, hemos de cambiar para crecer y desapegarnos profundamente de lo anterior, para poder abrazar lo que sigue.

13. Hay mucha bibliografía y muy buena. Más allá de Kübler-Ross y V. Kast, que citaré más abajo, destaco algunas obras como referencia: J. W. WORDEN, *El tratamiento del duelo: asesoramiento psicológico y terapia*, Barcelona, 1991; A. PANGRAZZI, *La pérdida de un ser querido. Un viaje dentro de la vida*, Madrid, 1993; C. COBO MEDINA, *El valor de vivir*, Madrid, 1999; R. A. NEIMEYER, *Aprender de la pérdida. Una guía para afrontar el duelo*, Barcelona, 2002; J. C. BERMEJO, *La muerte enseña a vivir. Vivir sanamente el duelo*, Madrid, 2003; J. L. TIZÓN, *Perdida, pena, duelo. Vivencias, investigación y asistencia*, Buenos Aires, 2004; M. CORTINA; A. DE LA HERRÁN, *La muerte y su didáctica. Manual para educación infantil, primaria y secundaria*, Madrid, 2006. Dada la naturaleza de estas páginas cito el libro de M. J. VALDERRAMA, *Al Final de la vida... Historias y Narrativas de Profesionales de Cuidados Paliativos*, Madrid, 2008. El libro recoge testimonios recabados mediante entrevistas abiertas realizadas a profesionales de enfermería y medicina de Gipuzkoa, pioneros en Cuidados Paliativos. De hecho mucha literatura académica sobre duelo y terminalidad, se escribe sobre la base de testimonios.

14. Entre sus publicaciones más relevantes sobre el tema, señalo las siguientes: E. KÜBLER-ROSS, *Sobre la muerte y los moribundos*, Barcelona, 1970; *La muerte, un amanecer*, Barcelona, 1989; *Vivir hasta despedirnos*, Barcelona, 1991; *Carta a un niño con cáncer*, Barcelona, 1991; *Morir es de vital importancia*, Barcelona, 1995; *Preguntas y respuestas a la muerte de un ser querido*, Barcelona, 1998. En colaboración con D. KESSLER escribió: E. KÜBLER-ROSS; D. KESSLER, *Lecciones de vida*, Barcelona, 2003; E. KÜBLER-ROSS; D. KESSLER, *Sobre el duelo y el dolor. Cómo encontrar sentido al duelo a través de sus cinco etapas*, Barcelona, 2006. Versión original en inglés: *On grief and grieving. Finding the Meaning of Grief Through the Five Stages of Loss*, New York, 2005. Este fue el último trabajo de la Dra. Kübler-Ross, y tiene un fuerte valor de síntesis de su pensamiento.

15. Cf. V. KAST, *A Time to Mourn. Growing through the Grief Process*, New York, 1988.

La autora envía parte del manuscrito a diversas personas que están viviendo sus adioses, para que los enriquezcan con la sabiduría de su experiencia. Esto se da especialmente en el marco de un curso que ha dado numerosas veces y que se llama, precisamente, “Orar nuestros adioses”. De esta manera, es un material que invita a la oración y a la vida, porque tiene la fuerza de ambas: detrás del texto hay experiencia y oración.

El propósito del libro apunta a que los lectores descubran que:

“los dolores, los pesares y las pérdidas no tienen por qué destruirlos, sino que pueden conducirlos a una mejor comprensión de la vida, a ser más sabios y misericordiosos, y a fortalecer su coraje para continuar el camino que finalmente nos conducirá a todos a nuestra morada”.¹⁶

La autora aborda el tema de la despedida en el horizonte de lo que ella llama “el dolor existencial”, es decir, cada dolor de la vida está enmarcado en nuestra aspiración profunda a una existencia sin sufrimientos ni injusticias, nuestro corazón reclama esta plenitud y padece su finitud, su incompletez radical.

Podemos eludir el tema toda nuestra vida, y eso sólo traerá más dolor. Haremos bien pues, en integrar esta instancia: la vida es una sucesión de adioses y bienvenidas ¿A qué llama la autora un “adiós”? A todo lo que en nuestra vida deja un vacío. Puede ser un ser querido que muere, una etapa de la vida que termina, una mudanza, algo que no podemos lograr, etc.

Identificar nuestros adioses, interiorizarlos y valorarlos puede ser un camino de sanación interior.

2.1. Las despedidas y bienvenidas como dinámicas vitales

La autora cita la parábola de la parturienta del Evangelio de Juan, aplicando esta dinámica vital de adioses y bienvenidas a la existencia de Jesús.¹⁷ Con mucha claridad muestra todos los adioses que Jesús vivió; desde los más comunes y frecuentes, que están dados por atravesar las distintas etapas de la existencia, hasta los últimos tres años de su vida, marcados fuertemente por el adiós y la separación, la prueba física y espiritual. Vio a muchas personas desgarradas por la pena y vivió sus propios adioses, hasta llegar al total anonadamiento. Pero es muy importan-

16. Jn 16, 21. Citado en RUPP, *Orar nuestros adioses*, 15-16.

17. *Ibidem*, 47-62.

te para comprender la historia de Jesús y la nuestra, percibir que el Evangelio no termina con la muerte, sino con la resurrección de Jesús. Por lo tanto, es vital que conservemos nuestros ojos y nuestros corazones puestos en la resurrección como respuesta última de Dios a los hombres. Esto es especialmente importante cuando el dolor nos arrasa interiormente.

Otro punto fuerte en el desarrollo de esta idea, es lo que la autora llama “el sufrimiento creador”. Nosotros no podemos elegir nuestro sufrimiento, pero podemos elegir el modo en que vamos a vivirlo, entonces puede ser para nosotros maestro y purificador. Si volvemos a nuestra fuente más profunda, a propósito del sufrimiento, descubriremos allí raíces de vida, alegría y crecimiento. El sufrimiento entonces, será transformador,¹⁸ y se volverá una luz también para quienes asisten al proceso, en especial para quienes están sufriendo sus adioses. La autora narra el encuentro que tiene con un hombre que quedó ciego después de la guerra de Vietnam, y que se dedicaba a la rehabilitación de jóvenes no videntes; ella pudo percibir en la alegría y vitalidad de ese hombre, un camino doloroso y profundo que lo había llevado de la muerte a la vida. Su testimonio era capaz de provocar en otros la resurrección.

Rupp reflexiona de un modo muy llano y con un estilo vívido, sobre la pena que nos invade en las despedidas.¹⁹ Toma el ejemplo de las grullas como metáfora del corazón peregrino, en movimiento, de la nostalgia que siempre permanece en nosotros. Este gemido interior se vuelve particularmente acuciante frente a determinados adioses y despedidas.

La vida es un préstamo, si la vivimos así, si vivimos así nuestra relación con las cosas, con las personas y con la vida en general, estaremos continuamente agradecidos y agradeciendo, no tomaremos nada como debido y nos resultará más fácil ser desprendidos porque ya que no estableceremos un nexo de posesión absoluta con las cosas: no nos pertenecen. Esta “filosofía del préstamo” es la que nos ayuda a conservar un corazón de peregrinos, nos sostiene en los momentos difíciles y nos ayuda a mantener una actitud de desapego. Por otra parte nos ayuda a disfrutar del momento presente, sabiendo que todo es fugaz y efímero.

Joyce Rupp invita a quienes están tratando de adquirir un corazón de peregrinos, que lean el libro del éxodo y que traten de ver en las peri-

18. Esto nos evoca las afirmaciones de A. GRÜN, quien en su libro *Transformación*, tiene un capítulo dedicado al sufrimiento como lugar de transformación. Cf. A. GRÜN, *Transformación. Una dimensión olvidada de la vida espiritual*, Buenos Aires, 1997, 87-92.

19. En el cuarto capítulo, “Como una bandada de grullas nostálgicas”, en RUPP, *Orar nuestros adioses*, 63-78.

peñas del pueblo en el desierto, sus propias luchas, sus tentaciones y los ángeles que Dios nos envía para confortarnos.

La autora invita a reconocer a los “ángeles de Dios” en los amigos generosos, en las ayudas inesperadas, en la resolución de algún conflicto, etc.

2.2. ¿Cómo se “reza” un adiós?

Joyce Rupp nos va enseñando un camino concreto de introducir un adiós en nuestro proceso oracional.²⁰ La oración de un adiós se compone de cuatro elementos: reconocimiento, reflexión, ritualización y reorientación.

Todos nos encontramos con adioses en nuestra vida, algunos ni siquiera quieren verlos y otros los ven, pero les resulta difícil integrarlos a la vida y mucho más, orarlos, rezar con sus pérdidas y duelos.

Orar un adiós es animarse a vivirlo, y poner esa vivencia profundamente sentida, en contacto con Dios, con la fe puesta en que Él puede curarnos, que Él puede transformarnos. Paradójicamente en esos momentos de dolor, cuando más necesitaríamos de la oración, es cuando menos podemos orar. La autora invita a tomar conciencia de la importancia de la oración diaria, de la fe cultivada cotidianamente: esa convicción honda, junto con algún versículo de la Escritura y la oración de los/as hermanos/as, sostendrá nuestra incapacidad de dirigirnos a Dios.

¿Cómo se ora un adiós? Rupp propone los antedichos pasos:²¹

1. Reconocimiento: hay que comenzar por identificar el dolor de la pérdida experimentada. Parece algo obvio, pero a veces puede demorar mucho tiempo el hecho de reconocer el dolor real que nos ha ocasionado determinada situación. Puede ser un dolor reciente o lejano. Suele suceder con el tema de los duelos por la pérdida de un ser querido, cuyo dolor no fue identificado en su momento. Al principio, este proceso de reconocimiento e identificación, puede aumentar nuestra pena, pero es un paso necesario para transitar adecuadamente el duelo.

20. Cf. “Orando nuestros adioses”, en RUPP, *Orar nuestros adioses*, 79-98.

21. Estos pasos tienen ciertas similitudes con las etapas del duelo descritas por la Dra. Kübler-Ross, expuestas por primera vez en E. KÜBLER-ROSS, *Sobre la muerte y los moribundos*, Barcelona, 1970. Estas etapas han sido referencias desde la aparición de la primera edición del libro -versión original en inglés: *On death and Dying*, New York, 1969-, incluso siendo discutidas y criticadas -hoy se prefiere hablar de tareas, más que de etapas en el duelo-, esta sistematización tiene un valor fundamental en el tratamiento de la terminalidad.

2. Reflexión: el segundo paso es un momento algo extraño y difícil para nuestra cultura, que es el hecho de dedicar tiempo a la reflexión, a la introspección. En este segundo paso nos dedicamos a prestarle atención al dolor que hemos identificado. La autora dice que “nos sentamos a su lado, lo miramos, lo enfrentamos, a pesar que nos lastime hacerlo”.²² Es un momento de meditar y ponderar la pérdida. Es nuestro momento no sólo de escuchar la pena, de oír lo que nos dice esa parte nuestra, sino también de escuchar a Dios. Lo importante es permanecer a la escucha de la verdad y del consuelo de Dios, es el espacio de nuestra intimidad con Él. Permanecer fiel en la quietud y la soledad es la clave para poder escuchar, pero al mismo tiempo es muy difícil, ya que hemos sido educados para salir rápidamente de los espacios de dolor. Esta reflexión no sólo no es autocompasión ni complacencia en las propias heridas, sino su contrario: poder enfrentar el dolor y fortalecerse, pero a partir de la realidad de la herida, la cual constituye una oportunidad y una involuntaria pero concreta apertura a la gracia.
3. Ritualización: después de meditar sobre el adiós y haberlo ponderado, es necesario que lo ritualicemos, dos elementos componen este ritual:
 - a. Tomar alguna imagen o símbolo: la autora comenta cómo la vaina seca y vacía de una planta que había desprendido de sus semillas, la ayudaron a elaborar un momento de pérdida en su vida. Ella invita a que, cuando estamos orando un adiós, busquemos esos elementos o esas imágenes que nos ayuden a elaborar la despedida;
 - b. Utilizar determinados actos en nuestra oración: así, por ejemplo, escribir una carta nos puede ayudar a descubrir los lazos afectivos que permanecen aún en los momentos de pérdida de nuestras vidas.La autora invita a revalorizar el tacto: un apretón de manos, un abrazo o una palmada pueden infundirnos valor en un momento de pérdida y dolor. Ésta es una anotación muy interesante, porque la nuestra es una civilización que tiende a perder contacto, especialmente físico, con el prójimo.
4. Reorientación: después que hemos reflexionado y ritualizado nuestro adiós, llega el momento de la reorientación. La autora

22. RUPP, *Orar nuestros adioses*, 88.

cita el pasaje de Emaús, cuando a los discípulos “se les abrieron los ojos” al partir el pan (cf. Lc 24, 30-32) ¿Qué significa esto? Ellos comenzaron a darse cuenta y a aceptar lo que la experiencia pasada había significado para ellos. Entonces pudieron albergar esperanza en sus corazones y lograron abrirse al futuro. La reorientación es un elemento fundamental cuando oramos una pérdida, porque allí podemos unir nuestra pérdida a la presencia de Dios. Llega cuando hemos podido transitar adecuadamente las tres etapas anteriores, comprendemos algo que quizás siempre estuvo allí pero que recién en ese momento tenemos “ojos para ver”.

2.3. El poder de la resurrección en nosotros

Cuando hemos vivido plenamente y a fondo el proceso de la aflicción, llega un momento en que hemos “llorado todas nuestras lágrimas” y por fin podemos avanzar. Toma un tiempo vivir todo el proceso y recorrer el camino, pero finalmente sucede. A algunas personas les lleva más tiempo que a otras y no se pueden comparar los procesos, pero es algo que finalmente ocurre. Seguir creciendo debe ser el motivo principal de este viaje.

En el proceso de la pérdida, hay un tiempo en el que las personas solamente se dejan llevar, luego, pequeños “chispazos de esperanza” comienzan a aparecer.

Para poder seguir avanzando tiene que existir una actitud interior de desapego, de soltar lo que nos detiene, deshaciéndonos de viejas seguridades, aunque esas seguridades estén dadas por aferrarnos a nuestra herida.

Rupp constata que siempre es difícil desapegarse y que ello no se logra sino cuando se acepta la renuncia. El desapego no significa dejar de amar o darse por vencido, significa reorientar nuestra energía vital hacia el crecimiento. Posiblemente sigamos preocupándonos por lo que nos apena, pero tomando conciencia de que toda nuestra preocupación no puede, por ejemplo, devolvernos al ser querido que hemos perdido, ni deshacer errores, ni evitar enfermedades.

La autora enumera en este capítulo, una cantidad de cosas a desapegarse: personas, expectativas, sueños y objetivos, heridas, seguridades, riquezas materiales y espirituales.

Si queremos desapegarnos, primero tenemos que reconocer nuestro apego, luego decidir soltar aquello a lo que estamos apegados y por últi-

mo empezar a tomar decisiones en orden a dejar realmente atrás el dolor de la pérdida. Aunque cuesta dar ese paso, hacerlo otorga una enorme libertad para seguir creciendo y evolucionando.

La renuncia en el planteo de la autora es correlativa al desapego: “renunciar es entregarse a Dios, no empeñarnos más en algo que nos sometía y nos aferraba al pasado”.²³ Ella plantea esta entrega a Dios como el verdadero acontecimiento liberador: entregarnos a Dios y sentirnos incondicionalmente amados/as por Él, es la condición de posibilidad para poder desprendernos de otras seguridades. Parte de nuestra dificultad para renunciar está dada por nuestro deseo de controlarlo todo: queremos que las cosas sucedan cuándo y cómo nosotros las deseamos. Cuando logramos desapegarnos y renunciar, estamos en camino de curación.

Rupp destaca el poder curativo de la naturaleza y la autora opta por un camino de curación simbólico-espiritual. Por ejemplo, narra de qué manera la observación de las luciérnagas le hicieron tomar conciencia de la importancia de mantener encendida una luz en la oscuridad de nuestras pruebas. Esto que podría parecer sólo una reflexión algo “romántica” o simple, se percibe como un elemento muy auténtico en el acompañamiento de personas que están atravesando un gran dolor. Dichas personas se muestran muchas veces refractarias a las ideas o razonamientos espirituales, pero se conmueven o se sienten consoladas por la contemplación de la naturaleza, o por un gesto sencillo de alguien que se acerca.

Otro elemento curativo es la afinidad entre las personas, entendida ésta no como una simpatía superficial, sino como una comunión profunda. Hablamos de afinidad cuando una persona puede ponerse en el lugar de otra y escucharla desde el corazón, y se da entre seres humanos que comparten inquietudes hondas. La afinidad entre las personas resulta sumamente importante en la curación de las heridas. La afinidad favorece la curación y con ella renace en nosotros la esperanza, así nuestras historias se acercan a los relatos de aparición de Jesús Resucitado: los discípulos se debaten entre la fe y la incredulidad, tienen miedo de creer y luego desilusionarse, sólo después de Pentecostés, la curación de sus corazones estará consolidada. Otro tanto nos sucede a nosotros: nos tomará tiempo volver a creer y a confiar, pero al fin y al cabo nos sorprendemos siempre con la capacidad de recuperación del espíritu humano.²⁴

23. RUPP, *Orar nuestros adiósos*, 107.

24. Sobre la cuestión de la afinidad se apoyan los grupos de ayuda mutua, orientados a personas que están atravesando un duelo. En Argentina podemos destacar la acción del P. Mateo

Joyce Rupp da algunas indicaciones para ayudar en el proceso de sanación de un adiós: saber escucharse a sí mismo sin atender las tinieblas de nuestro corazón, desarrollar la aceptación y el desapego, mantenerse apoyado en Dios y en su poder.

3. Algunas reflexiones conclusivas

Aunque ya pasaron algunos meses de la muerte de Florencia, todavía resulta difícil una reflexión serena de la experiencia. Prevalece el deseo de hacer silencio frente al cercano paso del Señor por nuestras vidas, ya que la proximidad con el misterio hace que las palabras queden chicas, intrascendentes. Todavía falta el espacio que da el tiempo, para poder pensar con mayor claridad. Dejo aquí algunas ideas que pretenden empezar a pensar sobre este tema, más que concluirlo.

Aún así y casi en simultáneo con los acontecimientos finales de la vida de mi amiga, pude darme cuenta que ella estaba haciendo algo más que despedirse: estaba orando el final de su vida, y nos estaba ayudando a todos a vivir su pascua, que era un poco la nuestra, de otra manera. Esto también es importante percibirlo para quien acompaña a un ser querido en su partida: junto a quien muere, morimos un poco quienes lo o la amamos.

Florencia dio, sin conocer el pensamiento de Rupp, los cuatro pasos para orar un adiós: reconoció el momento que estaba viviendo, pudo reflexionar sobre cómo quería vivir su adiós, lo ritualizó con pequeños gestos -incluso dejó instrucciones para su funeral, gestos conmovedores, pequeños e íntimos pero que estaban encaminados al consuelo de sus allegados- y reorientó el sentido de lo que estaba sucediendo, entendiendo y verbalizando la muerte como encuentro con Jesús y alimentando a su alrededor la fe en la resurrección y la certeza del reencuentro.

En torno a ella se dio el fenómeno de la afinidad y de la empatía; quienes pudieron ayudarla en su despedida, pudieron ayudarse a sí mismos en el duelo.

Repasando los pasos para orar un adiós, recordé que el libro de Rupp proviene de un taller; seguramente la autora sistematizó, para poder explicar a otros, un proceso que ella realizaba espontáneamente.

Bautista en este sentido en la formación y animación de estos grupos, además de sus muchas publicaciones sobre el tema. Puede consultarse www.pastoralduelo.com (consulta: 16 de junio de 2009) y www.gruporesurreccion.com.ar (consulta: 16 de junio de 2009). Para ver las publicaciones del P. Bautista: www.pastoraldelasalud.com.ar (16 de junio de 2009). Allí también hay otros links de interés.

Si bien la muerte sucede un día y a una hora determinados, el duelo no es un evento puntual, sino un proceso, un camino. Lo cual implica tiempo e instancias sucesivas a través de las cuales se van cumplimentando diversos pasos. Un proceso que requiere también acompañamiento, pues aunque Rupp no hable del tema en sentido estricto, lo supone al decir que ella hace con el mismo material del libro un curso-taller, que tiene mucho de grupo de ayuda mutua.²⁵

Todo el proceso de Florencia, me mostró la trascendencia de dos ideas sobre las que insiste Joyce Rupp: la fe en la resurrección y la convicción acerca del sentido creador que puede tener el sufrimiento.²⁶ Y una tercera, la de la muerte como acontecimiento íntimo, que aunque no está planteada explícitamente, se desprende del planteo del libro analizado y está presente en el relato de Florencia. Las planteo a continuación, brevemente.

3.1. *La fe en la resurrección*

El hecho de que la resurrección sea la palabra final, el hecho definitivo, cambia totalmente el sentido de los acontecimientos que hacia allí conducen, por difíciles que sean. Esto tiene una relevancia teológica, pastoral y espiritual muy importante.²⁷

Si uno sabe que podrá resolver con éxito un problema, encara de un modo totalmente distinto todas las dificultades que se pudieran ir presentando. De hecho la tristeza, el temor y la incertidumbre son nuestros peores enemigos a la hora de atravesar situaciones de vida complicadas.

Todos los cristianos creemos que Jesús ha resucitado, pero los momentos de crisis o de dolor, nos revelan si nuestra fe es auténtica o sólo retórica. Si una persona de verdad cree que Jesús ha resucitado y que “hasta nosotros ha llegado la plenitud de los tiempos (1Cor 10,11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en

25. Habla de esto, al tocar el tema de la afinidad, cf. RUPP, *Orar nuestros adioses*, 112. Estos grupos son instancias especiales de acompañamiento espiritual. Una persona entrenada guía la reflexión y la actividad, pero hay un verdadero acompañamiento que se hacen unos a otros los miembros del grupo, por medio de su presencia, sus reflexiones y gestos.

26. De hecho las coloca una a continuación de la otra. Cf. RUPP, *Orar nuestros adioses*, 55-62.

27. Me animaría a decir que tiene incluso relevancia antropológica. En los textos sobre duelo en los que falta esta perspectiva, me resulta difícil imaginar el acompañamiento a la persona en duelo y a sus allegados. Al menos desde la experiencia cristiana, hay algo que me resulta trunco o incompleto.

cierto modo en el siglo presente”,²⁸ su vida adquirirá una dimensión totalmente distinta de aquel que no cree o que adhiere con dudas a la resurrección, como probabilidad entre otras y para después de la muerte.

El cristiano hace desde la resurrección una relectura de todas las alternativas existenciales y va descubriendo lentamente la gran posibilidad que nos abre el evangelio: descubrir en la vida de Jesús, respuestas a los dilemas de la nuestra. En este caso y concretamente, en su soledad, en sus crisis y tentaciones, las que se nos van presentando en el camino. De este modo nos vamos transformando en “discípulos” en sentido bíblico: los que comparten vida y destino con el maestro.²⁹ Con la inmensa bendición de encontrar en el Señor la respuesta a nuestras preguntas, y sentido a muchas situaciones que parecen no tenerlo.

Rupp dice de qué modo nos reconocemos en la vida de Jesús y en especial en su pasión, en los momentos de mayor dolor y dificultad:

“Debilitado, agotado, desamparado, Jesús «Exclamó en alta voz: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’» (Mt 27,46). Ese clamor del hijo bienamado es el clamor de todos los que padecen un adiós devastador en sus vidas, cuando el sentimiento agobiante de soledad, vacío, desolación y abandono colman el espíritu humano. Es el clamor interior que pregunta: «¿Dónde estás, Dios, ahora que te necesito tanto? ¿Dónde estás? ¿Por qué este intenso dolor? ¿Por qué no siento tu presencia?».³⁰

Esta identificación con Cristo atravesando el misterio pascual, es un don del Espíritu que fortalece para vivir la propia pasión y muerte hasta resucitar con Él. Éste es el horizonte de sentido de las crisis vividas en comunión con el Señor, aquí el mensaje pascual despliega toda su fuerza transformadora, para ésta vida y la venidera.

3.2. *El sentido creador que puede tener el sufrimiento*

Afianzada la persona en esta certeza, es posible dar el segundo paso y hacer que el dolor de la despedida se transforme en un lugar de renovación interior, de paz, de fortaleza y hasta de alegría interior y profunda.

Rupp parte de una base que no nos permite suavizar, “edulcorar” o abordar de modo romántico el problema: “el sufrimiento en sí mismo no

28. LG 48.

29. Cf. A. FEUILLET, “Discípulo” en X. LEON-DUFOUR (dir), *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona, Herder, 1977, 250-252.

30. RUPP, *Orar nuestros adioses*, 54-55.

tiene ningún valor. La diferencia reside en lo que hacemos con nuestro sufrimiento”.³¹

Otra vez aquí la referencia central es Jesús, El que se hizo grano de trigo que muere para dar mucho fruto (cf. Jn 12,24). Continúa Rupp:

“En momentos de sufrimiento y en épocas de adioses podemos escudriñar en nuestras propias tumbas de lo inconcluso o lo incompleto, y descubrir inmensos depósitos de capacidad de recuperarnos, de vitalidad, de fidelidad, amor y resistencia (...) No es Dios quien nos prueba sino el sufrimiento que, al llegar a nuestra vida a raíz de nuestra condición humana, puede cauterizar nuestro espíritu de manera tal que nos volvamos más puros de corazón, más apaciguados, más amables, más comprensivos, devotos y misericordiosos. El sufrimiento puede ser un elemento que refine y purifique.”³²

Es interesante lo que dice la autora; notemos que no dice que el sufrimiento sin más nos hace mejores, sino que “puede ser la ocasión de” mejorar y enriquecerse personalmente. Esta experiencia la conocemos: hay personas a quienes los intensos sufrimientos que han vivido, les han dejado un residuo de amargura y resentimiento. No sabemos lo que sucede en la intimidad de sus corazones, pero lo que se puede ver no denota enriquecimiento a partir de la experiencia dolorosa.

Otras personas hacen un camino distinto, viven el sufrimiento de modo que las purifica, las libera, las transforma interiormente. A. Grün, habla del sufrimiento como lugar de transformación,³³ y lo hace en un sentido similar; es decir, así como una persona puede endurecerse y cerrarse interiormente, otra persona puede abrirse y desarrollar lo mejor de sí misma a partir de un momento doloroso que le toque experimentar.

3.3. *La muerte “íntima”*³⁴

Algo que me parece interesante del proceso que se da en torno a la muerte, es la característica de intimidad que revisten todos los momentos que acercan a la persona y a sus allegados, al desenlace final de la vida. No

31. *Ibíd.*, 57.

32. *Ibíd.*, 58.

33. Cf. A. GRÜN, *Transformación. Una dimensión olvidada de la vida espiritual*, Buenos Aires, 1997, 75ss.

34. La expresión está tomada del libro ya citado de M. DE HENNEZEL, *La muerte íntima. Los que van a morir nos enseñan a vivir*, Barcelona, 1997.

sólo lo vivido con Florencia, sino la bibliografía sobre terminalidad³⁵ y los relatos de los grupos de duelo,³⁶ confirman la experiencia: la muerte es un acontecimiento de máxima intimidad, como es íntimo y agudo el dolor de los que se despiden de su ser querido.

Enfrentarse a la muerte requiere una instancia de proximidad de cada persona involucrada consigo misma, con la historia de su vida, en particular con su historial de pérdidas y despedidas y con las otras personas que comparten la vivencia. Un ritual, un abrazo, aún una carta escrita en dichas circunstancias, implican un momento de profunda intimidad.

La muerte supone una desnudez total y para vivir esa desnudez del alma, se requiere intimidad. De hecho, no se comparten la profundidad de estos sentimientos, sino con los “íntimos”, con los deudos, que son aquellos que tienen en común una relación parecida de cercanía con la persona que muere.

Ante la pérdida de un ser querido, podemos constatar la dificultad que tiene nuestra cultura para enfrentarse con el dolor y la muerte; en esa misma línea hay que entender los problemas que se presentan para vivir situaciones que implican proximidad e intimidad emocional. De hecho, la muerte es lo más íntimo que una persona puede “vivir”, y es una de las razones de nuestro sistemático alejamiento de todo lo que tiene que ver con ella.

Pero desde el misterio pascual, podemos tener también una comprensión liberadora de la muerte. La intimidad a la que nos lleva, nos desnuda, para revestirnos del resucitado; nos vacía, para colmarnos. Quien se anime a permanecer tres días en el sepulcro –o a vivir a fondo sus duelos–, encontrará el verdadero sentido de estar vivo y ansiará la Resurrección final con paz y esperanza.

35. El libro de Rupp que he analizado, alude al tema de varios modos, uno de ellos es la situación de soledad a la que nos conduce el duelo, que nos pone en contacto con nuestro interior: Cf. RUPP, *Orar nuestros adioses*, 68-69. Todo el libro de M. De Hennezel, de donde hemos tomado la expresión, relata esto a través de las vivencias que tienen lugar en un Hospice en París. Ver también KÜBLER-ROSS; KESSLER, *Sobre el duelo y el dolor*, 92-96; D. LIBERMAN, *Es hora de hablar del duelo. Del dolor de la muerte al amor a la vida*, Buenos Aires, 2007, 187-194.

36. Una persona que trabaja hace años con grupos de padres que perdieron uno o varios hijos, me decía que en dichos grupos es muy evidente el clima de honda intimidad que se da ante el relato de la muerte de los hijos; sobre todo de sus últimos momentos. Es una emocionalidad muy particular, difícil de describir o de encontrar en otras circunstancias. La misma persona me refería que algunos padres y madres que iban desesperados/as a su encuentro en busca de consuelo tras la muerte de sus hijos, no volvían luego de su propuesta sobre el trabajo de duelo. Algunos de esos padres y madres le explicaron -a veces años después- que estando tan “en carne viva” a raíz de la pérdida, no sólo no toleraban la intimidad con otros/as, sino que ni siquiera podían resistir la intimidad con ellas mismas, que implica la elaboración de un duelo.

A partir de la pérdida, se comprende y se valora de un modo nuevo todo lo que en la vida es “ganancia” y finalmente se entiende que todo puede transformarse en ganancia, participando en la muerte y resurrección de Jesús. Hay una transformación en marcha, sólo nos hace falta adherirnos a ese proceso transformador.

A alguna experiencia similar se refería Juan de la Cruz cuando decía:

“Porque el más puro padecer trae más íntimo y puro entender, y por consiguien-
te, más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber”.³⁷

Intimidad, dolor, gozo, sabiduría, muerte y vida, resultan conceptos que leídos desde el final de la existencia, revelan profundas conexiones que haríamos bien en explorar para tener una vida más integrada, en definitiva, para ser más felices.

Pienso que es muy cierto lo que dice E. Kübler-Ross: “morir es de vital importancia”,³⁸ no sólo para quien se enfrenta a su muerte próxima sino para todos, y en especial para quienes rodean y acompañan a quien le toca partir. La preparación para la muerte,³⁹ tan importante como tarea espiritual en otros tiempos para los cristianos, hoy generalmente es dejada de lado, tal vez por influencia de una sociedad negadora de la muerte y del dolor.

Quizás sea el momento de profundizar en este tema, para prepararnos juntos para el encuentro con el Señor, y para poder acompañar a quienes se encuentran hoy en este trance.

M. MARCELA MAZZINI

20.05.09 / 30.05.09

37. “Cántico Espiritual B” 36,12, en JUAN DE LA CRUZ, *Obras Completas*, revisión textual, introducciones y notas al texto por J. V. RODRÍGUEZ. Introducción y notas doctrinales por F. RUIZ SALVADOR, Madrid, 1992.

38. Así se titula un libro que recopila cinco conferencias suyas. Cf. E. KÜBLER ROSS, *Conferencias: Morir es de vital importancia*, Barcelona, 2005.

39. En el Siglo XIV, frente a la peste negra y a otros azotes naturales, se popularizó una forma devocional, llamada “Ars Moriendi”. Se trataba de un escrito breve -y otro más extenso- que enseñaban de modo sencillo la manera de encomendarse a Dios frente a la muerte próxima. Daba también algunas pautas de acompañamiento espiritual al moribundo. Esta forma devocional tuvo un notable éxito pastoral, ya que los cristianos, lejos de atemorizarse, agradecían la ayuda y el consuelo que esta literatura les prestaba. Cf. ANÓNIMO, “The Art of Dying Well”, en JOHN SHINNERS (ed.), *Medieval Popular Religion, 1000-1500, a Reader*, Londres, 1997; M.C.O’CONNOR, *The Art of Dying Well: The Development of the Ars Moriendi*, Madrid, 1967.